



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13149

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIERCOLES 13 DE SEPTIEMBRE DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Oumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

A defenderse

Terminadas las elecciones de diputados, que tanto han agitado al país, ocupando todos los momentos del ministro de la Gobernación, restan solo las de senadores, que seguirán distrayendo la atención del ministro, aunque no tanto como las pasadas, dejándole siquiera espacio suficiente para pensar en otras cosas de importancia.

Figura como principal entre todas la pública salud, harto amenazada y a cuya defensa habrá que atender sobre todo.

Sabido es que hay colera en Europa y que ha invadido pueblos importantes del centro de la misma. Un telegrama trajo ayer la noticia de que había aparecido en Berlín en un cuartel y que el regimiento en que ha hecho presa había sido enviado al lazareto.

La noticia no es tranquilizadora. No se trata de un primer chispazo, sino del último, hasta ahora, de una larga serie, que habra permitido á las autoridades alemanas estudiar el origen del mal y el camino que sigue. Porque esa aparición del cólera en el territorio alemán no es cosa nueva; ya data de algún tiempo y ha ido propagándose con mas o menos energía, sin que sean bastantes las medidas tomadas para contener la invasión.

Se dice que hay veintiocho departamentos invadidos. Se asegura que las autoridades francesas han puesto en condiciones defensivas las puertas del Mediterraneo. ¿Qué han hecho las autoridades españolas?

Por fortuna la estación está muy avanzada y no parece presumible—a poco que se contenga la invasión—que el cólera nos haga sentir este año su terrible caricia;

pero el año próximo ocurrirá lo mismo?

La experiencia nos ha enseñado a nuestra costa que debemos prevenirnos para ahora y para luego. Recuérdese lo ocurrido hace veintidós años. Sin poder precisar su procedencia, diéronse algunos casos que acabaron al hacer su aparición el invierno; pero al año siguiente reapareció con fuerza y diezmó a media España sin que fueran bastantes á atajarle el paso las medidas tomadas por consejo de la ciencia y las completamente anárquicas tomadas por los municipios.

Si no fuera caracter distintivo de nuestros gobernantes la imprevisión en todo, permaneceríamos tranquilos, confiados en la eficacia de sus disposiciones; pero no lo estamos, porque aquí todo se deja para luego y así salen las cosas: todo lo peor que pueden salir.

No es solo el Gobierno quien ha de concurrir á que las epidemias no arraiguen en España. Algo toca a los municipios. Aquel está obligado a defender el territorio para evitar las invasiones. A los otros compete hacer incultivable el terreno para que no arraiguen los microbios. Una campaña de higienización está indicada y a hacerla viene obligado el municipio. Con ella quedarán destruidos los focos de insalubridad que en caso de invasión pudieran convertirse en campos de cultivo del microbio y que dificultarían la labor dirigida a combatir el cólera.

No somos alarmistas. Si tuviéramos la evidencia de que cada cual, segun su cargo, tenía la atención puesta en lo que debe, y que cuantas medidas previsoras aconseja la higiene estaban ya tomadas, no hablaríamos de esto; mas como lo ignoramos y gozamos fama de improvisores, creemos cumplir nuestro deber llamando la atención sobre el peligro que viene de Alemania.

Y si no viene mejor para nosotros.

Los republicanos han ganado las elecciones en Valencia.

Y han celebrado tan fausto suceso corriendo la pólvora... con bala y perdigones, apuntando á los grupos y dando gusto al dedo.

Con esas expansiones, copiadas sin duda en el Rif, cualquiera se embarca en el barco que manda Salmorón.

¿Se sabe algo de las actas de Lorea? Dicen que se han perdido y no parecen aunque se les busca.

No es extraño. Después de saber que se han perdido en un distrito los nombramientos de los interventores, la batija que los contenía, y el peatón que la llevaba, lo de las actas de Lorea es un detalle indigno de llamar la atención.

Uno de los diputados electos, catalán él y regionalista, ha dicho en un mitin que se alegra de que España haya perdido las colonias.

Si, pero no. Como catalanista podrá dársele crédito.

Como catalán otra le queda. Si desde que se perdieron las colonias está sufriendo Cataluña la crisis de que tanto se queja.

Y no se perdieron por culpas de nosotros sino por culpas de ellos.

Leemos: «Parece que cuando Nodzo y Nogi conocieran oficialmente las condiciones de la paz, mandaron telegráficamente sus dimisiones al gobierno».

Esa paz va á traer cola. Al Czar le cuesta ya un sin fin de borrenchinos.

Al Mikado le puede costar más. Ya se habla de revolución y de República...

Mal año para el Mikado y para el Czar.

COSTUMBRES POLITICAS

En rueda de presos

El corresponsal del «Diario de la Mari-

na» de la Habana describe de este modo las recepciones del ministerio de la Gobernación:

«Es curioso la decoración. Se desarrolla en un salón adornado con fastuosidad barroca».

Del techo prenden grandes arañas, entre cuyos cristales se esconden las tulipas eléctricas.

Un espejo monumental cuelga sobre una amplia chimenea adornada con bronces artísticos.

Doradas consolas de talla barroca realizan la pompa señorial del espejo. En frente destacan su apuesta figura la efigie de don Alfonso XIII.

Corre muy sigilosamente por la casa la tradición de que aquella gallarda figura ha representado sucesivamente á D. Amadeo I, á D. Alfonso XII y al Soberano actual.

El ardil no es nuevo: en las estatuas de los emperadores romanos ocurría lo propio; cada César ponía su icono sobre el busto del antecesor.

Rodeando el retrato del Monarca se ven los retratos de los ministros que han pasado por aquella casa en más de medio siglo.

González Bravo, Rivero, Cánovas, Sagasta, Romero Robledo, Elduayen, Vega de Armijo, Silveira, Villaverde y otros mil más.

Aquel gran conjunto de personajes graves y mudos tiene una indescriptible expresión irónica. Todos parecen contemplar, entre piadosos y burlones, al sucesor.

El amplio salón se llena poco á poco de gente.

En nuestras costumbres políticas se tiene por poco airoso obtener una audiencia en este salón.

La crítica desenfadada de los mentideros ha bautizado este modo de recibir con una frase picarona: y esto se dice «recibir en rueda de presos».

El que entra, pues, en tales condiciones, si no es un bobalicón neófito, sabe á qué atenerse y entra siempre con gesto avinagrado; pero si, como casi siempre acontece, el salón está lleno, el recién venido llega al colmo del malhumor y mira al concurso con ojos inflamados por la cólera y el despecho.

Excusado es decir que el concurso se paga en la misma moneda. En esta atmósfera de contrariedad solapada, se va desarrollando la escena.

Cuando aparece el ministro sonriente, ágil y jovial, el grupo se concentra en torno suyo, en la cual procura hacerse visible y cambiar con Su Excelencia una mirada ó un signo que acredite intimidad ó confianza.

Y comienza el desfile. El ministro tiene que aguantar á todos: al locuz y al pernicioso, al cortés y al petulante, al que ruega y al que exige; al que quiere y al que no quiere.

Esto dura una, dos, tres, cinco horas todos los días; es algo peor que la gota de agua cayendo sobre el cráneo; es el corroivo impáctable de las ambiciones cebándose sobre una grandísima voluntad crispada bajo el cumplimiento de un deber penosísimo.

Se han hecho populares algunos de los recursos empleados por los ministros á fin de amoblar este suplicio. Cánovas cortaba la conversación con un gesto imperioso; Sagasta con aquel rascarse la barba que equivale á transportarse á las Bataeas; Silveira con apretones de mano que iban señalando el camino de la puerta; Villaverde con ruidos empujones de su torax arqueado y de su panza eminente. García Prieto no ha descubierto hasta ahora ninguna de estas muletilias salvadoras. Al parecer aguanta muy resignado el visito, y solo de vez en cuando da sus quejas al viento para que los periodistas publiquen quejas y sepan á qué atenerse.»

Hacia la ruina

A pesar de las manifestaciones optimistas hechas por el ministro de Hacienda respecto á nuestro comercio exterior, es lo cierto que los hechos están en pugna con esos anuncios, y el saldo en contra se acentúa en proporciones realmente desconcertadoras.

Tenemos cerradas casi todas las fronteras al paso de nuestros productos, y aquellos que constituyen el nervio de nuestra riqueza tropiezan con obstáculos insuperables, nacidos los más en la restricción de los tratados comerciales, engendrados otros en las trabas que pone nuestra infelunda administración pública, atenta sólo á recaudar mucho, aun cuando se cierran las fuentes de la pública prosperidad.

El remedio es largo y complicado; el daño grande é inmediato, y se traduce en saldo en contra de la riqueza nacional, que

—Temo que sea ya demasiado tarde,—dijo francamente,—pero tranquilízase, señores, si ese hombre muere de resultas de su temeridad, no se habrá perdido mucho.

—Muy lejos de eso, señores,—repuso el empirico, ya con acento humilde,—ese tundo á quien la embriaguez ha vuelto idiota y que por caridad conservo, puesto que no me sirve para nada, ha hecho la barbaridad de beberse un medicamento compuesto de alcohol, alcanfor y cionta que yo le había mandado llevar á una granja cercona...

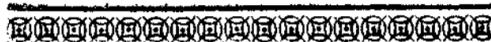
Ha estado ausente mucho tiempo, no ha cumplido el encargo que le hice, me ha defraudado gravemente en mis intereses, y por último se ha embriagado; ¿no merecía una corrección?

Por lo demás, hasta hace un instante no me ha confesado la verdad; si antes lo hubiera hecho me hubiera dispensado de castigarle, porque está en situación desesperada.

Si no consigo de administrarle un contraveneno, dentro de pocos momentos habrá dejado de existir.

—Sí, hay que socorrerle inmediatamente,—exclamó Ladrangé.—Es preciso obligarle á tomar esa posición.

El charlatán contempló á su oriado, que ya apenas podía moverse, y cuyos labios se iban poniendo negros.



El charlatán que parecía impacientarse, por la negativa del oriado á tomarla medicina que le daba, replió con alguna energía:

—Ea, bebe te digo. No se trata por esta vez de hacer en tí un experimento, lo que llamamos «experimentum in anima vili».